

nombres célebres en la historia de la ciencia y de la filosofía, desde la antigüedad histórica mas remota hasta nuestros días, no será en nuestras manos un vano é inútil paladion, y nos permitiremos pensar que si todos esos hombres ilustres no han creído rebajar su génio ó su sa-

pluralidad de mundos es una utopia, y que es *contraria á la fé cristiana y á la ciencia*. — *More Worlds than one, the creed of the philosopher and the hope of the Christian*, por sir David Brewster, 1854, obra erudita escrita en contestacion á la precedente, con el fin de demostrar que esta doctrina es tan religiosa y cristiana como científica. — *Essays on the spirit of the inductive philosophy the unity of Worlds, and the philosophy of creation*, por Baden Powell, 1851. — *A few more Worlds on the plurality of Worlds*, por W. S. Jacob, 1854. — *Terre et Ciel*, filosofía religiosa, por Jean Reynaud, 1854. — *Star, ó el de Cas-siopée*, historia maravillosa de uno de los mundos del espacio, 1855. — *Réveries et Vérités*, respuesta á Whewell sobre la pluralidad de mundos, 1858. — *Les Horizons célestes*, por Mad. de Gasparin, 1859. — (Algunas obras espiritistas de la misma época en las cuales hace todo el gasto la imaginacion *.) *La Pluralité des existences de l'âme conforme à la doctrine de la Pluralité des Mondes*, por Andrés Pezzani, 1865, etc.

Nos limitamos á citar aquí, como para los siglos anteriores, los títulos de estas obras, que examinaremos segun su importancia, en los *Mundos imaginarios y los Mundos reales*.

Las mismas cuestiones se han tratado subsidiariamente en obras ménos extensas ó no especiales. El obispo Porteous ha sostenido (*Works*, t. III, p. 70), que la doctrina de la pluralidad era conciliable con la enseñanza de las Escrituras; igualmente Andrés Fuller, en su libro *The Gospel, its own witness*, y S. Noble en su memoria *The Astronomical doctrine of a plurality of Worlds in perfect harmony with the true Christian religion*. Los escritores católicos no son generalmente del mismo parecer. Esto se manifiesta en el cap. ix de la *Vie future* de Th. Henri Martin, y en la 3ª de las *Conférences de Notre-Dame de Paris*, en 1863, del P. Félix. — Sobre la cuestion general se han escrito hermosas páginas por Mad. de Staël en *Corinne*, lib. VIII; por Balzac, en *Seraphita Seraphitus*, cap. III y VI; por Victor Hugo en *les Contemplations*, lib. VI; por Pelleran en la *Profession de foi du XIX^e siècle*. — La argumentacion astronómica ha sido abordada por el Dr. Lardner en una memoria sobre los planetas habitados, t. I del *Museum of sciences and arts*, y por M. Babinet en dos artículos, t. III y IV de los *Études et lectures sur les sciences d'observations*. — En el tomo IV de su *Astronomie populaire*, Arago ha dado á conocer cuáles son los estudios astronómicos probables de los observadores situados sobre los diversos planetas. J. J. de Litrow se ha dedicado á las mismas investigaciones en su obra *Die Vunder des Himmels*.

* En prueba de que hay algunas obras espiritistas en las cuales no hace todo el gasto la imaginacion tratándose de la pluralidad de Mundos, nos permitiremos trasladar aquí lo que sobre esa materia escribe Allan-Kardec (Mr. Rivail) en su *Libro de los Espiritus*, que está muy en armonía con la doctrina de Flammarion.

« Todos los globos que circulan en el espacio ¿están habitados? — Sí; y el hombre de la tierra, está lejos de ser el primero en inteligencia, en bondad y en perfeccion, como él lo cree. Por todas partes hay hombres que se creen y que se imaginan que este pequeño globo goza solo el privilegio de tener seres racionales ¡orgullo y vanidad! ¿Creen que Dios ha creado el Universo para ellos solos? — Dios ha poblado los mundos de seres vivientes, que todos concurren

ber proclamando la pluralidad de mundos, nosotros, que no tenemos por qué temer esa acusacion, podremos tambien proclamar esta bella doctrina, procurar desarrollarla y poner de manifiesto toda su grandeza. Algunos filósofos, promovedores de nuevas filosofías, han solido olvidar los nombres de los que les habian antecedido en las mismas ideas, y aun algunas veces han intentado sustituir sus propias personalidades á la doctrina que enseñaban. En cuanto á nosotros, que no venimos á presentar un *yo* como pedestal para nuestra causa, nuestro deber y nuestra fortuna juntamente han constituido en inquirir qué pensadores han emitido opiniones conformes á la nuestra y participado de una creencia que no es tan grata. Al hacer justicia á los que nos han precedido, tenemos la satisfaccion de manifestar cuán lejos están las ideas que emitimos de ser singulares ó sistemáticas, y de poder esperar que semejante apoyo, santificando nuestros esfuerzos, nos ayudará á popularizar esta doctrina, que es la filosofía del porvenir.

al mismo fin de su Providencia. Creer que los seres vivientes están limitados al solo punto que nosotros habitamos en el Universo, sería poner en duda la sabiduria de Dios que no ha hecho nada inútil. Dios ha debido asignar á estos mundos un fin mas formal que el de recrear nuestra vista. Por lo demás nada, ni la posicion ni el volumen, ni la constitucion fisica de la tierra, puede razonablemente hacer suponer, que ella sola tiene el privilegio de ser habitada con exclusion de tantos millones de mundos parecidos.

— ¿La constitucion fisica de los diferentes globos es la misma? — No; no se parecen en nada. — No siendo la misma para todos la constitucion fisica de los mundos, ¿se sigue de esto una organizacion diferente para los seres que los habitan? — Sin duda, como entre vosotros, los pees se han hecho para vivir en el agua y las aves en el aire. — Los mundos mas separados del sol, ¿están privados de la luz y del calor, puesto que el sol no se les manifiesta mas que bajo la apariencia de una estrella? — ¿Creen que no hay otros manantiales de luz y de calor que el sol; y para nada contais la electricidad que en ciertos mundos ejecuta un papel que es desconocido y mas importante que la Tierra? Por lo demás, no se ha dicho que todos los seres vean de la misma manera que vosotros y con órganos formados como los vuestros. — Las condiciones de existencia de los seres que habitan los diferentes mundos, deben ser apropiadas al centro en el cual están destinados á vivir; si no hubiésemos visto nunca pees, no comprenderíamos que pudieran vivir seres en el agua. Lo mismo sucede con los otros mundos que encierran sin duda elementos que nos son desconocidos. ¿No vemos en la Tierra las largas noches polares, iluminadas por la electricidad de las auroras boreales? ¿Hay nada de imposible el que en ciertos mundos, la electricidad sea mas abundante que sobre la tierra, y haga en ellos un papel general, cuyos efectos no podemos comprender? Estos mundos pueden pues encerrar los manantiales de calor y de luz necesario á sus habitantes.»

(N. del T.)

Los filósofos mas profundos de los pasados tiempos, han participado de esta noble creencia; y si algo nos ha sorprendido estudiando su historia, es el olvido, es la insignificancia en que ha caído despues de haber sido tan antigua y universalmente conocida. Al considerar la indiferencia de diez ó veinte siglos respecto á una verdad que está colocada entre las bases fundamentales de la teología y de la filosofía, nos parece ser este uno de los misterios mas insondables del destino humano; y al mismo tiempo miramos como uno de nuestros primeros deberes levantar esta verdad oscurecida sobre el pavé de nuestros actuales conocimientos, hacerla resplandecer á la gran luz de la ciencia moderna, y proclamarla reina de nuestros pensamientos y de nuestras mas queridas aspiraciones.

Sí, nuestra creencia está muy léjos de ser nueva : es venerable por los años que la han madurado, es respetable por los nombres de los que la han defendido. Á las páginas anteriores, que trazan el conjunto de su historia, nos permitiremos añadir algunas opiniones escogidas en diversas épocas en los anales de la filosofía; estas opiniones completan nuestro estudio histórico. Véanse en primer lugar las palabras que el muy sábio y muy verídico autor del *Viaje del jóven Anacarsis en Grecia* introduce en la conversacion de su ávido cosmopolita; este relato expresa lo que pensaban sobre nuestra doctrina cuatro siglos ántes de nuestra era, y quedará como una página admirable en su favor : « Callias, el hierofante, íntimo amigo de Eúclides, me dijo enseguida (es Anacarsis quien habla) : El vulgo no ve alrededor del globo que habita sino una bóveda brillante de luz durante el día, sembrada de estrellas durante la noche; estos son los límites de su universo. El de algunos filósofos no los tiene ya, y ha crecido, casi en nuestros días, hasta el punto de ofuscar nuestra imaginacion. Se supo al principio que la

Luna estaba habitada; en seguida que los astros eran otros tantos mundos; en fin, que el número de estos mundos debia ser infinito, puesto que ninguno de ellos podia servir de término y de circuito á los demás. De aquí, ¡qué prodigiosa carrera se ha abierto de repente para el espíritu humano! Emplead la eternidad misma para recorrerla, tomad las alas de la Aurora, volad al planeta de Saturno, en los cielos que se extienden por encima de ese planeta, sin cesar encontrareis esferas nuevas, nuevos globos, mundos que se acumulan unos sobre otros; hallareis el infinito en todas partes, en la materia, en el espacio, en el movimiento, en el número de mundos y de astros que los embellecen, y al cabo de años apenas conoceréis algunos puntos del vasto imperio de la naturaleza. ¡Oh! ¡cómo lo ha ensanchado á nuestros ojos esta teoría! Y si es verdad que nuestra alma se dilata con nuestras ideas y se asimila en cierto modo á los objetos que comprende, ¡cuánto debe enorgullecerse el hombre de haber penetrado estas profundidades inconcebibles!

— « ¡Nosotros enorgullecernos! exclamé yo sorprendido. ¿Y de qué? respetable Callias. Mi espíritu queda oprimido al aspecto de esta grandeza sin límites, ante la cual todas se anonadan. Vos, yo, todos los hombres, no son ya á mis ojos mas que insectos sumergidos en un océano inmenso, en el que los reyes y los conquistadores no se distinguen sino porque agitan un poco mas que los otros las partículas de agua que los rodean. Á estas palabras el hierofante me miró, y despues de una breve meditacion, me dijo estrechándome la mano : — Hijo mio, un insecto que vislumbra el infinito, participa de la grandeza que os admira.

« Callias salió despues de concluido su discurso, y Eúclides me habló de los que admitian la pluralidad de mundos, Pitágoras y los suyos. Luego respecto á la Luna :

según Xenófanes, dijo, los habitantes de la Luna llevan sobre este astro la misma vida que nosotros sobre la Tierra. Según algunos discípulos de Pitágoras, las plantas son allí más hermosas, los animales quince veces mayores, los días quince veces más largos que los nuestros. — Y sin duda, repliqué yo, ¿los hombres quince veces más inteligentes que sobre nuestro globo? Esta idea halaga á mi imaginación. Como la naturaleza es aun más rica por las variedades que por el número de las especies, yo distribuyo á mi gusto en los diferentes planetas, pueblos que tienen uno, dos, tres, cuatro sentidos más que nosotros. Comparo en seguida sus genios con los que la Grecia ha producido, y os confieso que Homero y Pitágoras me dan lástima. — Demócrito, contestó Eúclides, ha librado su gloria de ese humillante paralelo. Persuadido, acaso de la excelencia de nuestra especie, ha decidido que los hombres son individualmente los mismos en todas partes¹. »

El autor continúa después algo más en tono de chanza.

Por esta recapitulación de la filosofía ateniense en el siglo de Platon, se vé que los debates sobre la pluralidad de mundos han empezado desde muy antiguo, como lo hemos manifestado en este estudio histórico. Desde esta época lejana, no se han extinguido sino en apariencia, y la grande idea filosófica se ha manifestado algunas veces en las obras del pensamiento humano. « Nosotros prescribimos límites á Dios, escribía Montaigne en el siglo XVI, sitiámos su poder con nuestros raciocinios, queremos sugetarlo á las débiles y vanas apariencias de nuestro entendimiento, á él que nos ha criado á nosotros y á nuestra inteligencia. ¡Cómo! ¿Nos ha puesto Dios en las manos las llaves y los últimos resortes de su poder? ¿Se ha obligado á no traspasar los límites de nuestra ciencia? Supon, ¡oh hombre! que hayas podido obser-

1. Barthélemy, *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce*, c. xxx.

var aquí algunos rastros de sus efectos : ¿piensas tú que él haya empleado en eso todo lo que ha podido, y que se haya servido de todos sus medios y de todas sus ideas en esta obra? Tú no ves más que el orden y el gobierno de esta pequeña bóveda en donde estás alojado; y eso, si lo ves : su divinidad tiene una jurisdicción infinita más allá, y esta parte no es nada comparada al todo.

« Y verdaderamente, ¿por qué Dios, siendo como es todopoderoso, había de haber restringido, sus fuerzas á ciertos límites? ¿En favor de quién hubiera renunciado su privilegio? Tu razón no tiene en ninguna otra cosa más verosimilitud ni fundamento que en cuanto se persuada de la pluralidad de mundos.

Terramque et Solem, Lunam, mare, cætera, quæ sunt,
Non esse unicum, sed numero magis innumerabili.

« Los talentos más famosos del tiempo pasado lo han creído, y también algunos del nuestro, obligados por la experiencia de la razón humana. Así como en esta habitación que vemos, no hay nada solo y único, y todas las especies se hallan multiplicadas en cierto número, así también parece no ser verosímil que Dios haya hecho esta sola obra sin semejanza, y que la materia de este modelo se haya agotado enteramente en este único individuo¹. »

« Soy de opinión, escribía á fines del siglo último otro pensador, filósofo célebre²; soy de opinión, decía, que no hay ni aun siquiera necesidad de sostener que todos los planetas están habitados, porque el negarlo fuera un absurdo á los ojos de todos, ó por lo ménos á los de la mayor parte. En el imperio de la naturaleza, los mundos y los sistemas no son más que polvo de soles relativamente á la creación entera. Un planeta es mucho

1. *Essais de Michel de Montaigne*, lib. II, cap. XII.

2. Emmanuel Kant, *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels*, part. III.

ménos con relacion al universo, que una isla respecto al globo terrestre. En medio de tantas esferas, no hay mas parajes desiertos é inhabitados, que los que son impropios para sostener los séres racionales que forman el objeto de la naturaleza. Nuestra misma tierra acaso ha existido mil años ó mas ántes de que su constitucion le permitiera cubrirse de plantas, de animales y de hombres. »

« ¿Será posible creer, añadia mas tarde L. C. Despreaux, que el Sér infinitamente sábio, no hubiese adornado la bóveda celeste con infinitos cuerpos de tan prodigiosa magnitud, sino para satisfaccion de nuestros ojos, y para proporcionarnos una escena magnífica? ¿Habria creado esos soles innumerables únicamente á fin de que los habitantes de nuestro pequeño globo pudiesen contemplar en el firmamento esos puntos luminosos, cuya mayor parte es tan poco conocida ó nos es enteramente insensible? No podrá formarse semejante idea si se considera que hay en toda la naturaleza una admirable armonía entre las obras de Dios y los fines que él se propone, y que, en todo cuanto hace, tiene por objeto, no solamente su gloria, sino tambien la utilidad y la satisfaccion de sus criaturas. ¿Habria, pues, creado astros que pueden lanzar sus rayos hasta la Tierra, sin haber producido tambien mundos que pudiesen gozar de su benéfica influencia? No : esos millones de soles tienen cada cual, lo mismo que el nuestro, sus planetas particulares, y nosotros entrevemos al rededor nuestro una multitud inconcebible de mundos que sirven de morada á diferentes órdenes de criaturas, y poblados, como nuestra tierra, de habitantes que pueden admirar y celebrar la magnificencia de las obras de Dios¹. »

Ved ahí lo que piensan filósofos de todas las escuelas y

1. Louis Cousin-Despreaux, *les Leçons de la Nature présentées à l'esprit et au cœur*, lib. VIII. *Considérations* 321-325.

de todas las creencias : Montaigne, el hombre sencillo « de corazon franco y de buena fé; » Kant, el padre de la filosofia alemana ; Cousin-Despreaux, uno de los representantes de la filosofia cristiana, cuyos corifeos iban á ser los de Bonald y los de Maistre. Nuestro estudio histórico degeneraria en un relato de fastidiosa extension si continuásemos citando así, en apoyo de nuestra tesis, las numerosas piezas que tenemos á la vista, y debemos dar gracias al lector por haber tenido á bien seguirnos hasta aquí en este trabajo. Tememos haber presentado citas con sobrada profusion, citas que las mas de las veces pasan por la vista como los cuadros de una larga galería, y que fatigan sin interesar y sin instruir; pero nos hemos propuesto esencialmente hacer preceder á nuestra doctrina las autoridades precitadas. — Sin embargo, se ha podido notar, que los filósofos que hemos citado, á pesar de su número, son los mas sérios, y que no hemos presentado las mil creaciones de mundos imaginarios que algunos poetas, noveladores ó visionarios han inventado en todas las épocas. Ariosto, por ejemplo, en su *Orlando furioso*, habia imaginado un valle en la Luna, en donde podríamos encontrar, despues de nuestra muerte, las ideas y las imágenes de todas las cosas que existen en la Tierra; Dante, en su epopeya de la Edad media, visita las almas que habitan las siete Esferas : es el último himno cantado en honor del predominio terrestre en el sistema de la creacion; Marcelo Palingenius describe muy formalmente en su *Zodiaco* el mundo Arquetipo que supone existir en un lugar del espacio, así como Platon habia colocado el teatro de su República en la misteriosa Atlántida; Mercurio Trismegisto distingue cuatro mundos, el Arquetipo, el Espiritual, el Astral y el Elemental; Agripa ha descrito seis en su *Filosofia oculta*, etc.; la imaginacion de los metafísicos ha sido mas fecunda que la de los poetas para multiplicar los mundos

quiméricos ¹. — Debemos aquí poner fin á la historia de la pluralidad de mundos; la terminaremos coronándola con algunas palabras que han emitido sobre el mismo asunto dos de los astrónomos mas ilustres, astrónomos que ciertamente no serán acusados de parcialidad por las ideas místicas ni por las concepciones imaginarias. « La acción bienhechora del Sol, dice Laplace ², hace germinar á los animales y plantas que cubren la Tierra, y la analogía nos inclina á creer que produce idénticos efectos en los demás planetas; porque no sería natural pensar que la materia, cuya fecundidad vemos desarrollarse de tantos modos, quedase estéril en un planeta tan grande como Júpiter, que tiene sus días, sus noches y sus años como el globo terrestre, y en el cual las observaciones indican cambios que suponen fuerzas muy activas... El hombre, formado por la temperatura de que goza sobre la Tierra, no podría, según todas las apariencias, vivir en los demás planetas. Pero ¿no deberá haber una infinidad de organizaciones relativas á diversas temperaturas de los globos y de los universos? Si la sola diferencia de elementos y de climas origina tantas variedades en las producciones terrestres, ¿cuánto mas deben diferenciarse las de los planetas y de los satélites! »

« ¿Con qué objeto, exclama sir John Herschell, con qué objeto debemos suponer que han sido creadas las estrellas, y que cuerpos tan magníficos hayan sido esparcidos en la inmensidad del espacio? Sin duda que no será para iluminar nuestras noches, objeto que llenaría mejor otra luna mas que solo tuviese la milésima parte del volumen de la nuestra, ni para brillar como un espectáculo falto de sentido y de realidad y extraviarnos en vanas conjeturas. Es cierto que estos astros son útiles al hombre

1. Véase nuestra obra : *les Mondes imaginaires et les Mondes réels*, 2^a parte.
2. *Exposition du Système du monde*, c. vi.

como puntos permanentes, á los cuales puede referirse con exactitud; pero sería preciso haber sacado bien poco fruto de la astronomía para suponer que el hombre fuese el solo objeto de las atenciones de su Creador, y para no ver, en el vasto y admirable aparato que nos rodea, moradas destinadas á otras razas de seres vivientes ¹. »

Esta exposición histórica nos ha preparado para un exámen juicioso de nuestra doctrina, y nos ha dado esta enseñanza, sobre la cual es conveniente que nos detengamos : que los hombres eminentes de todas las edades, que estuvieron iniciados en las operaciones de la Naturaleza, quedaron profundamente penetrados de su prodigiosa fecundidad, y comprendieron la demencia de los que la circunscribían únicamente á nuestra única morada. Si la autoridad del testimonio y la conformidad de opiniones son la base de la certeza histórica, la doctrina que defendemos se apoya en un argumento inviolable que por mucho tiempo se ha considerado suficiente en física, en astronomía y en filosofía, y que hoy sirve de base todavía en la mayor parte de nuestros conocimientos. Pero no ignoramos que cuando se trata de doctrinas especulativas, lo mismo que en las ciencias de observación, ni el gran número, ni tampoco la gravedad de las opiniones y de los testimonios son suficiente garantía de la verdad de estas doctrinas, que es preciso saber usar ámpliamente del exámen de la razón y solo rendirse á la evidencia ó por lo ménos á la certidumbre filosófica. Por esto nos contentaremos para todos los hechos establecidos anteriormente, con la siguiente conclusión : *El estudio de la naturaleza*

1. Sir John Herschell, *Treatise on astronomy*, c. XIII, § 592. — « En un asunto de esta naturaleza, nos escribía el ilustre astrónomo con motivo de la primera edición de la presente obra, en un asunto de esta naturaleza, cada cual debe impresionarse por las miras particulares que se ve inclinado á deducir de las probabilidades *à priori* de la cuestión, y fundar su opinion sobre ellas. Por mi parte, aunque no creo que la Luna esté habitada, me siento muy inclinado hácia la opinion que habeis defendido : á creer que los planetas, ó por lo ménos algunos de ellos, están habitados.

engendra y afirma en el espíritu del hombre la idea de la pluralidad de mundos.

Huygens decía hace mas de ciento cincuenta años : « Los que nunca han tenido tintura alguna de la geometría ni de las matemáticas creerán que no hay mas que vanidad y ridiculez en el designio que nos hemos propuesto; y les parecerá una cosa increíble que podamos medir la distancia de los astros, su magnitud, etc. ¿Qué les responderemos? Que otro sería su parecer, si se hubiesen aplicado á esas ciencias y á contemplar la disposición de las obras que hay en la naturaleza. Sabemos que un número considerable de personas no han podido aplicarse á ella, ya por su poca disposición, ya porque no han tenido ocasión de hacerlo, ya en fin, porque cualquiera otra causa los haya retraído. No se lo reprochamos en nada; pero si piensan tambien que deben condenarse los cuidados que aplicamos á estas investigaciones, apelaremos á jueces mas instruidos. »

Nosotros repetimos hoy esas palabras, dirigiéndolas indirectamente por el intermedio de nuestros lectores, á los que sin razon hacen objeciones á todo estudio que les parece nuevo. Hay algunos que oponen que estas son cosas ocultas cuyo secreto se ha reservado Dios, y no nos lo ha querido dejar conocer : esta objecion cae y desaparece por su propio peso ante la historia triunfante de las ciencias. Otros piensan tambien que nuestros afanes se dirigen á inútiles investigaciones : á estos preguntaremos quién conoce mejor la importancia relativa y el valor real de su país, si el que puede compararlo á otras naciones que visita y estudia, ó el que permanece adormecido en su pueblo natal; y si vale mas vivir en la ignorancia, que tratar de saber qué es la Tierra y qué somos nosotros mismos.

A hora podremos abórdar directamente una de las cues-

tiones á la vez mas curiosas, de mayor interés y mas importantes de toda la filosofia; podremos explorarla bajo todas sus fases, á fin de no quedar reducidos á probabilidades que nada tienen de sólido, sino por el contrario á adquirir de ella una convicción profunda; podremos exponer las causas que la ponen en evidencia, y no apoyar solamente nuestras demostraciones sino sobre los datos positivos de la ciencia; podremos en fin, menospreciar esa antigua y pretenciosa vanidad del espíritu humano, que hacía vanamente brillar sobre nuestras frentes la diadema de la creación; prefiriendo profundizar nuestra nada para hacer resplandecer mejor la majestad del universo, á colocarnos orgullosamente, nosotros pigmeos miserables, erguidos ante ese gigante incomparable que se llama el Poder creador.

Vamos, pues, en la parte astronómica que va á seguir, á considerar sucesivamente el conjunto del sistema solar y de los astros que lo componen, las analogías y diferencias que reunen ó distinguen á estos mundos entre sí, las condiciones de existencia que los caracteriza, y el grado de habitabilidad de nuestro globo. En seguida consideraremos, bajo la relacion de la extension, las órbitas planetarias y sus posiciones en el espacio : la excesiva exigüidad de la Tierra nos manifestará que solo ofrece una muy pálida y muy triste flor en el rico jardín de la creación, y que el universo físico no perderia mas por su desaparición que lo que ella misma perdiera por la desaparición de un grano de arena ó de una gota de agua. De este doble punto de vista : la habitabilidad de los mundos y la exigüidad de la Tierra, surgirán conclusiones que elevarán á certidumbre filosófica la probabilidad de la Pluralidad de Mundos ¹.

1. En la reseña hecha por Flammarion, de los escritores que en el siglo xviii han tratado de la pluralidad de mundos, no se encuentra ningun español. Nosotros no recordamos mas que uno, y es el eruditísimo don fray Benito Geró-

nimo Feijóo, monje, benedictino. Como una de nuestras antiguas glorias literarias, se nos permitirá que consignemos brevemente en esta nota algunas de sus líneas sobre la materia.

En el tomo II de sus *Cartas eruditas*, cart. 26, haciéndose cargo de las opiniones de los modernos, los cita de este modo: « Ciertamente, añaden, si un príncipe, ú hombre muy poderoso edificase algunos palacios, mas ó ménos magníficos, y grandes unos mas que otros, nadie creeria que solo destinaba á ser habitado uno de los menores, dexando todos los demás sin otro empleo que recrear la vista de los que los mirasen de lexos. Este, dicen, es el caso en que estamos. La Tierra es una fábrica de mucha menor grandeza, que cualquiera de los cuatro Planetas superiores. Aun sacando el sol de la cuenta, con la admission graciosa de que, á causa de su intensísimo ardor, no permita en su esfera algun viviente, quedan tres globos mucho mayores y mas magníficos que el nuestro, capaces de ser habitados. No es creible, que Dios solo haya querido dar habitadores á este pequeño palacio, dexando aquellos para que solo sirvan de recreo á nuestra vista. »

En el tomo VII de su *Teatro crítico universal*, Disc. 7º, dice así Feijóo: « Pero ¿no hay repugnancia en que el Sol sea habitado? Yo no la hallo. Convengo en que este astro no es solo virtualmente caliente, como quieren los Peripatéticos, sino formal y extremadamente ardiente, con grande exceso al fuego Elemental. Con todo, ¿por qué no podrá Dios eriar vivientes, cuyo temperamento tolere, y aun se halle, como en su elemento propio en esse Océano de fuego? Son sumamente injuriosos á la Omnipotencia los que cinen su actividad á la estrechez de sus experimentales ideas. Concedo que no hay animal alguno de quanto los hombres conocen, capaz de vivir y conservarse en el fuego. Pero ¿en qué razon ó discurso cabe medir la posibilidad por la existencia, ó lo que Dios puede hacer por lo que hizo? Nosotros no podemos comprender cómo un animal pueda vivir en el fuego. Y bien: de que yo no lo pueda comprender, ¿se sigue que Dios no lo pueda hacer? Si Dios, como pudo, no hubiera eriado aves, ni peces, se representaria sin duda imposible, que hubiese animales capaces de vivir siempre dentro del agua, y aun muchos dificultarian tambien la posibilidad de animales capaces de afirmarse en el aire, y correr grandes espacios de este elemento sin apoyo alguno mas que el del elemento mismo. Assi como se engañarian aquellos, porque regulaban la posibilidad por la existencia, por la misma razon se engañan los que hoy juzgan ser imposible que un animal viva en el fuego. »

Despues de otras varias ideas relativas á esta materia, termina de este modo nuestro ilustre benedictino: « Esto es, expuesto á mi modo, lo que he concebido de este sistema. Si V. mrd. me pregunta qué siento de él, digo, que en quanto á la posibilidad no hallo el menor tropiezo... ; Qué discurso tan inepto, de que los globos celestes estén desiertos, inferir que Dios solo los hizo para objeto delicioso de nuestra vista! ¿De dónde consta que no tengan otro empleo? ¿De qué no sabemos qual es? Bella prueba. De dos, que son el Sol y la Luna, se sabe el uso importante que exercen respecto de nosotros; el Sol, la iluminacion y el influxo; la Luna ciertamente ilumina y probablemente influye. De los demás, astros es tenuissima la iluminacion, y muy dudoso el influxo. Pero aun quando, respecto de nosotros, no exerzan algun oficio muy útil, ¿no podrán tener otros muy importantes á la construccion del Universo? Seria sumamente necio el que entrando en la Oficina de un Arte, que enteramente ignora, y viendo en ella varios instrumentos, cuyo uso no conoce, sin otro motivo los condenase por inútiles. El simil no necesita de aplicacion. »

(N. del T.)

LIBRO II

LOS MUNDOS PLANETARIOS

Un lien mystérieux unit la nature
céleste et la nature terrestre.

DE HUMBOLDT.